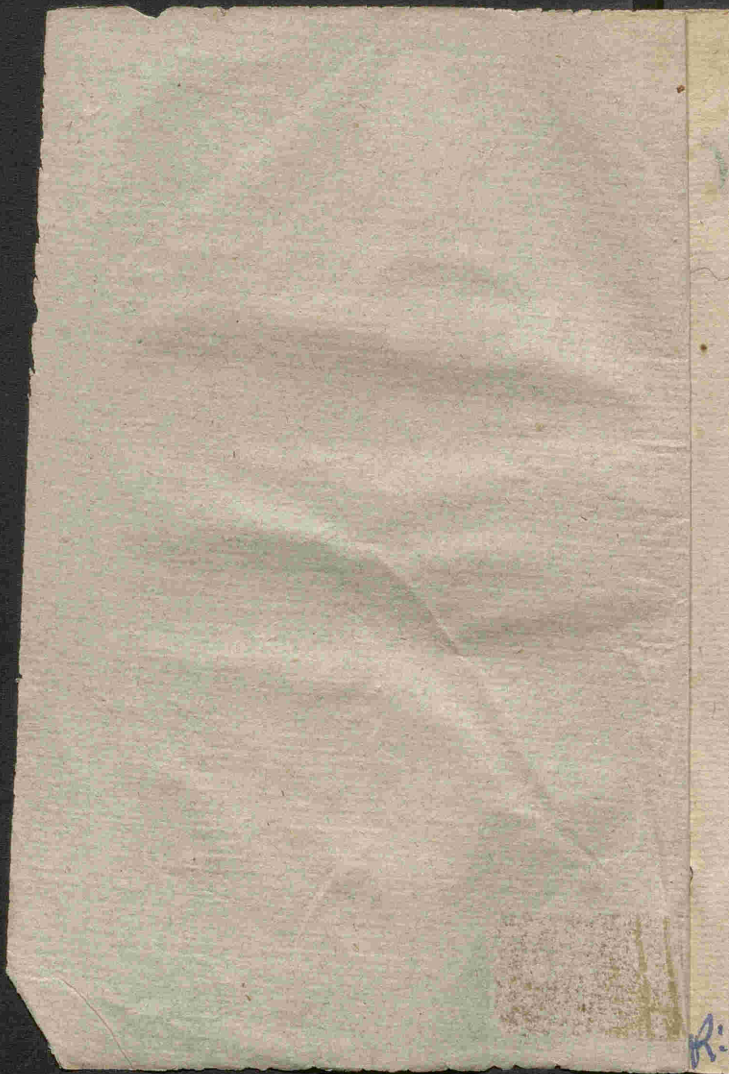


~~F 549~~

RESC

195

CVI
584



FABULAS POLITICAS

350364000001

CVI
584

DE

D. C. DE B***

Cristobal de Bena

*Fungar vice cotis , acutum
Reddere quæ ferrum valet.*

HORATIUS.



M A D R I D :

IMPRENTA QUE FUÉ DE FUENTENEbro.

1820.

R:549

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1871

DO NOT

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

MAILED
UNIVERSITY OF CHICAGO

1871

FABULA I.

EL ZORRO Y LOS BURROS.

AL LECTOR.

En los tiempos dichosos,
en que los brutos , como el hombre hablaban,
y por campos y selvas esparcidos,
tranquilos y gozosos
ellos allá entre si se gobernaban;
la Borrical *republica*, (cuidado,
que de los Burros fueron conocidos
este y otros aun mas ilustres nombres,
de que despues los hombres
mil veces á su antojo han abusado)
la Borrical *republica* , decia,
tras una paz burral , mas que Octaviana,
no léjos de su ruina se veia,
porque á unos cuantos Burros les dió gana
de trastornarlo todo;
y aunque el Senado roznador queria
curar de cualquier modo
los males que affligian al estado,
y mas de un Burro fué desorejado,
que si bien el ahorcar se conocia,
nunca usaron castigo semejante,
por ser cosa muy fea un ahorcado,

no por eso veía,
 que fuese menos necio el ignorante,
 ni mejor el Borrico adinerado,
 ni que la ley mas clara
 dejase de burlar el intrigante.
 Y en tanto, ¡cosa rara!
 algunos Senadores
 solian ser á veces los peores,
 y ellos daban las leyes,
 y eran los primeritos transgresores.
 ¡Miseria humana! ¡Que en los altos reyes
 nunca esté el barro de flaqueza exento!
 Mas volviendo á mi cuento;
 un Zorro que viajaba
 por los vastos dominios borricales,
 y entre los asnos de opinion gozaba,
 propuso á los Burrisimos mandones
 fácil remedio para tantos males:
 y solo fué pedir le permitiesen
 el fijar ciertos grandes cartelones,
 que zorramente al mundo previniesen,
 sobre todas las puertas
 de los que él perniciosos conocia,
 mas que á todos así no pareciesen.
 Adoptóse el proyecto,
 y surtió á pocos dias buen efecto;
 que mas de un Asno preferido habria
 verse desorejado,
 á sufrir ser de todos motejado,
 y que en la calle el Buche mas zonzon
 gritase: ahí va el Señor del cartelon.

Si como el Zorro llevo á conseguir,
 que los vicios y falta de saber

mis fabulillas logren corregir,
¿qué mas puedo, Lector, apetecer?

FABULA II.



LA ESCALERA DE MANO Y EL FAROLERO.

Cierta noche, ya á deshora,
en su cuarto un Farolero
escuchaba grandes voces,
cuando él solo estaba dentro.
Levantóse de la cama,
juzgando que fuese sueño,
pero cada vez mas claros
oia distintos ecos.

¡Como no habia de oirlos,
si estaban muy descompuestos
de su Escalera portátil
los escalones riñendo!

Paróse absorto á escucharlos,
y entendió que los primeros
á los últimos decian:

Vosotros sois los plebeyos,
que nosotros por mas nobles
ocupamos alto puesto.

Riéndose los de abajo
respondian: ¡Bueno es eso!
¿pues de la misma madera
no hemos sido todos hechos!

„Ya, reponian los otros,
mas, porque sucios no estemos,
siempre el amo sus zapatos
limpia en vosotros primero.”

„Si no fuéramos nosotros
de esta máquina sustento,
los últimos replicaban,
„no hablarais así soberbios,
porque seriais tal vez
carbon destinado al fuego.”

„Dispúsole la fortuna,
contestábanles aquellos,
„y siempre sobre vosotros,
mas que os pese estar debemos.”

De tan fútil arrogancia
indignése el Farolero,
y acercándose al rincón,
y la escalera cogiendo,
puso lo de abajo arriba,
y les dijo : „Caballeros,
á dormir, que en adelante
han de ser, votó á mi abuelo,
los que eran primeros últimos;
y los últimos primeros.”

Cada clase un escalon
en las repúblicas es :
no se olvide el *Papelon*
de la Escalera al reves
en cualquier revolucion.

FABULA III.

EL LORO, EL GATO Y LA VIEJA.

Cierta Vieja con esmero
criaba un Loro y un Gato:
aquel grande Zalamero,
pero este de esquivo trato,
si bien cazador certero.

Deseoso de lograr
ser en todo preferido,
trató el Loro de alhagar
á su Señora el oído
con un inútil charlar.

El Gato, muy al revés,
jamas á su dueña hablaba,
mas dos á dos, tres á tres,
los ratones atrapaba,
poniéndolos á sus pies.

En un tiempo que en ratones
la casa todita hervía,
la Vieja mil expresiones
al útil Gato le hacía,
celebrando sus acciones.

Pero el Lorito, no obstante,
siempre sus delicias tera,
y á su jaula iba al instante
cuando venia de fuera.

y le llamaba su amante.

Porque habiendo él observado,
que su flujo era la edad,
la decia descarado:

Ama mia, ¿no es verdad
que á los treinta no has llegado?

Y con esto y con gritar
siempre que habia visita,
no hay dama que en el lugar,
con mi Señora compita,
llegó su afecto á ganar.

Asi que para él buscaba
la Vieja lo mejorcito;
todo al Loro se le daba,
todo era para el Lorito,
y el Gato de hambre rabiaba.

De modo, que el pobre, al ver,
cuán de poco le servia
limpia la casa tener,
y que nada merecia
su servicial proceder,

De la casa se fugó,
ya apurado el sufrimiento;
mas de ratones se vió
la casa llena al momento
que el Gato de ella faltó.

La vieja su chocolate
cien veces halló roído,
que ni arcon ni escaparate
le tenia guarecido
del ratonil alicate.

Y aunque el Loro se ofreció
á remediar aquel daño,
ni un raton pillar logró,

ni le pillara en un año,
que á charlar solo aprendió.

Si aprecio siempre se hiciera
del hombre trabajador,
y ensalzado no se viera
tanto vil adulador,
mas la sociedad valiera.

FABULA IV.

EL MOCHUELO Y EL TOPO.

Todo el mundo sabe,
que el Mochuelo tiene
brillantes ojazos
azules y verdes:
pero nadie ignora,
que la luz le ofende,
que ama las tinieblas,
que por ellas muere,
y es de dia ciego,
y es de noche duende.
Cierta Pajarraco,
de esta odiosa especie,
tuvo con un Topo,
de ojos harto breves,
razones muy serias

debates muy fuertes,
 una madrugada
 antes que de oriente
 la risueña aurora
 las puertas abriese.
 Defendia el Topo,
 que todos los seres
 cuando el sol asoma
 se ponén alegres;
 que la luz es madre
 de todos los bienes,
 y que al claro día
 nada se parece,
 que vida y colores
 al mundo le vuelve.
 La opinion contraria
 el otro sostiene
 diciéndole al Topo:
 „y á usted ¿quien le mete
 en hablar de cosas
 que apenas entiende?
 Si naturaleza
 dado á usted hubiese
 los ojos rasgados,
 que adornan mi frente;
 vaya. . . . ; mas si apenas
 tiene con que verme!
 Sepa el Señor mio,
 que la noche excede
 con mucho á ese día
 que alaba sin verle.
 La noche al reposo
 convida y previene,
 trabajos y afanes

á la luz suceden,
 y" Ya tras el alba
 sacaba esplendente
 su carro encendido
 el sol como suele,
 y al triste avechacho
 sus rayos le hieren,
 y en un tronco hueco
 procura esconderse.
 Pregúntale el Topo
 „Compadre, ¿que tiene?
 Mas él sin respuesta
 la espalda le vuelve.
 Cuál sea la causa
 el Topo comprende,
 y del embustero
 vengarse bien quiere;
 pero aunque á sus ojos
 no la luz ofende,
 fáltale soltura,
 de vigor carece,
 y así cabizbajo
 va á buscar su albergue.

Donde se encuentren á miles
 hombres, como el mochuelo, que serviles
 huyan de la ilustracion,
 muy bien pueden los Topos liberales
 dejar de ser tan Topos animales,
 ó dejarse poner el albardon.

FABULA V.

LAS ABEJAS Y LOS ZANGANOS.

En un valle frondoso
tenia su morada
cierto enjambre de Abejas bullicioso,
que llegó á ser República ilustrada.

El ocio y la pereza
sesudas proscribieron,
y al ver que la abundancia y la riqueza
siempre los pasos del afan siguieron,

Del cáliz de las flores
solícitas chupaban
la esencia y fragantísimos olores

que artificiosamente trabajaban;

Y todas á porfia,
la obligacion cumpliendo,
sin perdonar trabajo noche y dia,
iban de cera y miel su valle hinchendo.

Entre ellas admitidos,
y un tiempo respetados,
por ser de alas mas luengas revestidos
los Zanganos vivian descansados.

Iguales en figura,
si en porte desiguales,
para tener, sin trabajar, hartura
supieron darse tonos magistrales;

Y así entre ellos se usaba
la vil hipocresía,
que aquel que mas de sobrio se jactaba
ese mayor porcion de miel comia.

Un tiempo las Abejas
sufriéronlos prudentes;
mas como todo se volviese quejas,
y fuesen cada vez mas insolentes;

Por fin determinaron
hacer varios decretos,
y como ley eterna promulgaron,
que todos al trabajo esten sujetos;

Los Zánganos mamones
ni de esto hicieron caso,
mas ellas, esgrimiendo sus rejonos,
los echaron del valle mas que á paso.

Si en esta sociedad, en que vivimos
tantos zánganos hay perjudiciales,
¿por que con tal estupidez sufrimos
coman sin trabajar nuestros panales?

FABULA VI.

EL ESCOPIO, EL MAZO Y EL CARPINTERO.

En el banco de un pobre Carpintero
disputa reñidísima trabaron,
sobre cual á su dueño era mas útil,
el Escoplo cortante y boto Mazo.

Decia aquel, que á su invencible filo
 el mas grueso tablon no era embarazo
 rompiendo hasta los nudos resinosos,
 y abriéndose por todas partes paso.
 Replicabale el otro con cachaza,
 que si él no diese el golpe necesario,
 de poca utilidad seria al dueño
 el Escoplo tener bien amolado;
 y que pues el impulso de él nacia,
 suyo debia ser tambien el lauro.
 Enojóse el Escoplo fuertemente,
 colérico tambien se puso el Mazo,
 y cuando mas fogosos disputaban,
 habiéndolos oido, llegó el amo,
 que cogiendo el Escoplo con la izquierda,
 y luego el Mazo en la derecha alzando,
 dijo: "Tu filo la madera dura
 traspasa, Escoplo mio, no hay dudarlo;
 y tú la direccion que necesita,
 tú se la prestas mi querido Mazo,
 mas nada el uno sin el otro vale,
 y por eso á la vez uso de entrambos."

La ley y su ejecucion
 en un estado cualquiera
 cual Mazo y Escoplo son,
 que uno sin otro es quimera.

FABULA VII.

EL CULEBRON Y EL LOBO.

Un culebron un dia
el cuello enhiesto alzaba,
probando si podia
marchar como en dos pies;

Y en vano lo intentaba:
su cuerpo acostumbrado
á andar siempre arrastrado
caia de traves.

Vióle un taimado Lobo,
y dijo: "¡bravo empeño!
no sea, hermano, bobo,
que se ha de lastimar;

Si ya desde pequeño
jamás quiso empinarse,
locura es molestarse,
que hoy no lo ha de lograr."

Racionales Culebrones,
que arrastrais en la ignorancia,
¡las antiguas opiniones
abjurar os veré yo?

El descaro y petulancia
con que hicisteis, siempre necios,
á la ciencia mil desprecios,
respondiendo estan que no.



FABULA VIII.

EL LEON, EL CAMELLO Y EL TIGRE.

Un Leon poderoso,
debajo cuyo imperio
vivía muy gustoso
de los de cuatro pies el vasto pueblo,

En su consejo de estado
concedió el lugar primero,
solo por ser su privado
á un idiota colosal Camello;

Y el mérito que tenía
para egercer tal empleo
ninguno lo conocia,
por mas que el rey le honraba con exceso.

Fue el caso que una ocasion,
deliberando en secreto
sobre cierta expedicion,
que era preciso hacer en un desierto,

Se trataba seriamente
de buscar todos los medios,
para que la bruta gente
no careciese en él de agua y sustento;

Y despues que hubieron dado
su parecer, malo ó bueno,
en punto tan delicado
algunos del cuadrúpedo congreso,

Llegó el caso de que hablase
el favorito Camello,
que con tosca y ruda frase,
sin prelude, perífrasi ó rodeo,

Expuso su parecer,
y erá, que, *nemine excepto*,
cuanto hubiese menester
llebase cada cual sobre sus huesos.

Un Tigre astuto y ladino
replicóle en el momento:
si á lo rudo del camino
se añade el embarazo de tal peso,

Se morirán de cansados
sin llegar al fin propuesto,
y entonces son excusados
la discusion, el arte, y tu proyecto.

Y ¿por qué ha de ser, gritó
el corcovado Camello,
cuando sin molestia yo
cuarenta arrobas donde quiera llevo,

Y aunque no llegue á encontrar
ni un cenagoso arroyuelo,
sin beber me sé pasar
quince soles seguidos por lo menos?

A la solucion precisa
de tan bestial argumento
soltaron todos la risa,
y aun al Leon se le asomó á los bezos;

Mas el Tigre enfurecido
vomitó dos mil dennuestos
contra el bruto, que engreido
juzgaba mas que todos haber hecho;

Y al monarca guedejudo
dijo el semblante volviendo:

ya ves, señor, cuán agudo
discurre tu apreciado consejero:

Si al elegirle juzgaste
por su volumen su ingenio,
muy mucho te equivocaste,
porque *un Camello siempre es un Camello.*

¿Cuántos hay, que por desgracia
ocupan muy altos puestos,
á los cuales aplicarse
puede bien de esta fábula algun verso?

FABULA IX.

EL JUMENTO Y EL LEÑADOR.

En pos de su Jumento,
no de grande valida,
un Leñador al monte
por las mañanas iba;
cortaba algunas ramas,
mientras aquel pacia,
y atandolas en haces,
que le cargaba encima,
para vender su leña
tornaba al mediodia.
Llegó un invierno crudo,
en que mayor estima,
por ser intenso el frio,

tuvieron las astillas,
y entonces, no ya ramas,
y si medias encinas
al triste jumentillo
le echaba en las costillas.

Quejábasele el pöbre,
pero él peor lo hacia,
y mas de cuatro veces
á palos le molía;
tanto que al triste burro

mataba la fatiga,
y al fin llegó á ponerse
mas flaco que sardina.

El Leñador con todo
jamás de él se dolía,
ni de la enorme carga
jamás quitó una libra.
Fue el caso, que una tarde,
que al pueblo se volvía,
la anquilada bestia
cayósele sin vida,
y al ir á levantarla,
juzgando estaba viva,
con un tronco disforme
se hirió en una rodilla:
tornando solo á casa,
donde por muchos días
para curar la pierna
estuvo boca arriba,
gastando sus ahorros
con médico y botica.

El gobierno, que imprudente
cargue al pueblo demasiado,

¿que logrará? Solamente
que uno al Jumento cansado,
y otro al dueño representante.

FABULA X.

EL CONEJO Y EL GALAPAGO.

Un Conejo descarriado
del vivir perdió el camino,
y confuso y ya sin tino
junto á un lago vino á dar.

A un Galápago enconchado,
que su albergue allí tenia,
preguntóle, si queria
el camino irle á enseñar.

En el soto no lejano
tengo, dijo, mi morada;
pagarete la jornada,
si á él me quieres conducir.

El anfibio casquivano
respondióle en tono grave:
me convengo; pero sabe,
que me debes el vivir;

Pues culebras las mas fieras
este lago á miles cria,
y aun hoy mismo á medio dia
dos ó tres allí encontré;

Y si habládome no hubieras,

ya ves tú cuan fácilmente
 fueras pasto de su diente,
 pero yo te libraré.

Dijo así, y á paso lento
 por la orilla le guiaba;
 ya en los juncos tropezaba,
 ya caía en un zarzal:

El Conejo muy contento
 le seguía despacioso,
 mas saliendo un horroroso
 culebron descomunal,

Los embiste con fiereza,
 y al Conejo descuidado,
 y en los juucos enredado
 con la cola derribó;

Mientras pies, rabo y cabeza
 el Galápago escondiendo,
 vió cual se le fue engullendo,
 y su piel salvar logró.

De los gefes la impericia,
 y no fábula parezca,
 muchas veces dó perezca
 lleva al pueblo sin piedad;

Y entretanto con malicia
 quédanse ellos no tocados,
 en la concha resguardados
 de su injusta autoridad.

FABULA XI.

LAS HORMIGAS.

Erase un hormiguero muy poblado de industriosas Hormigas diligentes, que en estio acopiaban con cuidado semillas diferentes.

Mas como es imposible hallarse iguales de los que el mundo habitan las fortunas, muchísimas habia sin caudales, /
ricas eran algunas.

Una vez sucedió, que guerra dura, instigados del hambre, las hicieron varios insectos, y ellas con bravura sus choques recibieron.

Y como larga la contienda fuese, preciso fue que todas se esforzaran, y todas, cada cual como pudiese, la guerra sustentáran;

Mas algunas ricotas, mal halladas con esto de arriesgar su pertenencia, las leyes al propósito dictadas miraban sin paciencia.

Por lo tanto escondieron sus caudales: y las que su morada defendian perseguidas del hambre y otros males, á cientos se morian.

Así los enemigos fácilmente

penetraron por todo el hormiguero
saqueándolo al fin impunemente,
sin dejar ni un granero;

Que nada libertar para el sustento
las ricas codiciosas alcanzaron,
y, vuelta la fortuna en un momento,
mendigas se encontraron.

Siempre el mísero egoísta
se hace á sí mismo la guerra,
como á los otros no asista.

FABULA XII.

LOS CANGREJOS.

Cansados una vez muy seriamente
de no andar como todos los Cangrejos,
el abuso de andar por la trasera
trataron de abolir por varios medios;
y pragmáticas, leyes, estatutos
con intencion bonísima se hicieron,
y el sistema de andar hácia adelante
fue mandado observar en todo el pueblo.
Pero como á mudanza de costumbres
siempre suelen seguirse mil enredos,
algunos de ya duros zancarrones
la nueva ley de muerte persiguieron;
otros con grande gozo la abrazaron.

y estos los mas, sin disputarlo, fueron.
 Los que el nuevo sistema defendian
 libremente increpaban á los viejos,
 amigos siempre de la vieja usanza,
 y siempre miserables rutineros.
 Mas como habia muchos poderosos
 y algunos con gravísimos empleos,
 corrió cierto run run de que pensaban
 mancomunarse todos en secreto
 para embaucar al pueblo, publicando
 que hasta la religion de sus abuelos
 iba á verse muy pronto destruida,
 si se adoptaba el infernal proyecto.
 Ya se ve: les llegaban á lo vivo,
 por que se les quitaba el magisterio,
 y con él la opinion, las dignidades;
 ni además era fácil que sus huesos
 en andar hácia atrás envejecidos
 fuesen airosos en sentido opuesto.
 Mas dejando esto á un lado, pues no importa;
 luego que, traslucido ya su intento,
 se notó la invencible repugnancia
 que tenian de andar al uso nuevo,
 llegaron á temer malas resultas
 algunos de los tímidos Cangrejos;
 mas no faltaron otros que dijese:
 ¡Insensatos! ¿Qué pueden hacer estos?
 Si el andar hácia atrás ya es prohibido,
 y si todos sus miras conocemos,
 anden ellos según les diere gana,
 que nuestro palo los pondrá derechos.

En la Cangreja Nacion
 tal un tiempo sucedia:

si hay Cangrejos en el dia
fácil es la aplicacion.

FABULA XIII.

LAS MONAS Y LA ABUBILLA.

Proyectaron las Monas en Tetuan
academia de música tener,
y para dirigirla, con afán
quisieron un buen músico poner.

Fijóse edicto á toque de clarín,
llamando á todo pájaro cantor:
en que ofrecieron títulos sin fin
al que fuese elegido por mejor.

Así que hubo un concurso sin igual
de pretendientes, muchos de aptitud,
que todos presentaron *memorial*
para empleo de tanta magnitud:

Entre ellos el ufano colorín,
el canario y el mirlo silvador,
el cardenal vestido de carmin,
la oropéndola y dulce ruiseñor.

Con verdad, ó sin ella, cada cual
sus méritos expuso en el papel;
prodigio de la ciencia musical
este en los sonos, en la voz aquel.

Mucho ántes de llegar á decidir
quien la academia habia de ordenar,

mas de una Mona se dejó decir,
 que al rui señor trataban de nombrar;
 Pero, llegado el dia de eleccion,
 la fétida Abubilla electa fué,
 que formando en *cú*, *cú* su diapason
 mas apta era que todos, ya se vé.

¿ Por qué , Monas con habla , sin rubor
 los pobres pretendientes convocais,
 si en el puesto debido al Rui señor
 la Abubilla cien veces colocais?

FABULA XIV.

LA PANADERA Y EL HARNERO.

Cierta Panadera,
 nueva en el oficio,
 compró diez costales,
 al parecer de un excelente trigo;
 Mas revuelto estaba
 con avena y millo,
 de modo que siempre
 sacaba un pan moreno y desabrido.

La pobre quería
 que fuese exquisito,
 para que acudiesen
 á comprársele todos los vecinos;
 Y así diligente,

fuese el tiempo frio,
fuese caluroso,
lo llevaba ella misma hasta el molino;

Y despues la harina
con afan prolijo
en el cernedero
la pasaba al traves de un lienzo fino.

Pero ni por esas:
el trigo era el mismo,
y apenas hallaba
quien quisiese comprarla un panecillo.

Quejábase de esto
haciendo el cernido,
y al fragil cedazo
decia que era suyo aquel delito;

Pero un viejo Harnero,
que dado al olvido
como trasto inútil
yacía en un rincon, así la dijo:

"Si antes de molerlo
no cribas el trigo,
¿qué ha de sucederte,
cuando ni se halla puro ni está limpio?"

Este en otros tiempos
era mi ejercicio,
si en él me repones
verás que pan amasas tan florido."

Bien hará cualquiera,
que al que gobernare
con la Panadera
llegue á comparar;

Y mas si afirmare
que sin un harnero

su afán y su esmero
se pueden frustrar.

FABULA XV.

LOS RATONES Y EL GATO.

Perseguía en la casa de un ricote
un marrullero Gato
al pueblo Ratonil, que sin recato
untaba en todas partes su vigote,
y en todas partes lo roía todo.
Hizo el Gato de modo,
y con tanta destreza
por fin llegó á tomarles los caminos,
que apenas asomaba la cabeza
el infeliz Raton en su guarida,
cuando ya entre los dientes asesinos
pagaba la imprudencia con la vida.
Los Ratones formaron su consejo
para ver de tomar una medida,
con que tener á salvo su pellejo;
y hubo quien propusiese
que le debían de embestir á una,
porque además de que él estaba viejo
siempre al valiente ayuda la fortuna.
Pero como arriesgado pareciese
lo de atacarle á rostro descubierto,
esta proposición fué despreciada.

Nada de fuerza, nada,
 dijo un Raton de hocico colmilludo,
 á quien todos tenían por sesudo:
 yo he discúrrido un medio portentoso,
 que es una friolera,
 y ha de darnos la vida y el reposo.
 ¿Cual es? ¿Cual es? — Despacio: si viniera
 no con tanto silencio ese maldito,
 pocos cayeran, cierto, en el garlito:
 pues bien ¿hay mas que atarle en una pata
 un grueso cascabel de bronce ó plata,
 cuyo son nos avise de que viene?

Así lugar sobrado
 el mas cobarde Ratonzuelo tiene
 para esconderse descansadamente,
 dejándole burlado.

El Gato, casualmente
 estaba haciendo entonces centinela,
 detras del agujero agazapado;
 pudo escuchar la dicha bagatela
 y dando un maullido
 y echando por la boca espuma y hiel:
 ¿Quién, les gritó, ha de ser el atrevido,
 que me venga á poner el cascabel?

Muchas veces sucede á una Nacion,
 que aquellos que la deben de guardar,
 si es algo peliaguda la cuestion
 en lo del cascabel vienen á dar.

FABULA XVI.

LA MARIPOSA Y EL CANARIO.

En una jaula dorada,
bien comido y bien cuidado,
ciento Canario encerrado
vida hacia descansada.

Nada me falta, decia,
nada debo desear:
canto, si quiero cantar,
si no, callo todo el dia.

De cañamones y alpiste
me llenan el comedero,
y me preguntan, que quiero,
cuando piensan que estoy triste:

Si hace sol, en la ventana
cuelgan mi hermoso aposento,
y entónces la voz al viento
suelto, como tenga gana;

En la sala, si hace frio
de las visitas disfruto,
y en amoroso tributo
las ofrezco un dulce *pio*.

¿Quién jamas tener logró
una suerte mas dichosa?
la dijo á una Mariposa,
que á la jaula se acercó,

Y que alegre revolando,
iba de sí alarde haciendo,
por unos hierros saliendo,
y por los otros entrando.

Ella la risa soltó
al oír tal bobería,
y con gran soflamería
de este modo respondió.

Feliz serás en verdad;
mas ¿nunca has pensado, di,
que aunque mas goces, aquí
no gozas de libertad?

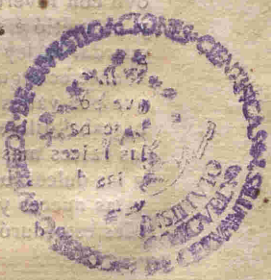
Miserables Cortesanos,
esclavos de la opinion;
encargos y honores vanos
sin la libertad ¿qué son?

FABULA XVII.

LOS DOS LOBOS.

Un Lobo ya viejo,
no de grandes fuerzas,
á su hijo mozalbete
le habló de esta manera.

Hijo del alma mia,
yó sé por experiencia
que el cebarse en la sangre



de las mansas ovejas,
 ademas de exponernos
 á graves contingencias,
 nos hace tan crueles,
 que todos nos detestan.
 Si pródiga natura
 nos dá con mano llena
 raíces saludables
 y frutas donde quiera,
 ¿por qué nuestra comida
 no ha de ser antes esta,
 que la carne viviente
 carne igual á la nuestra,
 que tan grandes fatigas
 el adquirir nos cuesta?
 Desde hoy en adelante
 ley á nosotros sea
 mantenernos tan solo
 con frutas y con yerba,
 sin que en redil ninguno
 nuestra garra sangrienta
 en los pobres corderos
 haga violenta presa.
 Tal discurso el Lobato
 oyó con reverencia,
 y prometió á su padre
 guardar la ley propuesta.
 Y en efecto guardóla;
 que por valles y sierras
 buscaba diligente
 las raíces mas tiernas,
 y las dulces bellotas,
 y las nueces y almendras.
 Mas esto duró poco;

pues con grande sorpresa,
 bien contra su esperanza,
 vió á su padre una siesta
 detras de unos zarzales
 comiéndose una oveja:
 llegóse á él callandito,
 y asiendo de una pierna
 le dijo: no es extraño
 que yo á tanto me atreva;
 si Vmd. que predicaba
 que esto mal hecho era,
 se atraca de vianda
 mientras yo como yerba;
 y segun me lo indican
 las blancas calaveras,
 por mas que Vmd. lo niegue
 no es esta la primera.

¿Cómo obedecer la Ley
 el pueblo rudo podrá,
 cuando no la obedece quien la da?

FABULA XVIII.

LA CULEBRA, EL CARACOL Y EL AGUILA

Al pie de una alta roca
 tenian su morada
 una Culebra pintada

y un cornudo Caracol;

Su cumbre, que al cielo toca,
servia de excelso nido
al Pájaro que atrevido
mira de hito en hito al sol.

Miéntas que pausadamente
por la tierra se arrastraban
los reptiles, y buscaban
con fatiga que comer,

El Aguila prestamente
del valle á lo alto subia,
y desde allí descendia
como un rayo al parecer.

El Caracol envidioso
miraba su rauda vuelo,
mas viendo que á él desde el suelo
le era imposible volar,

No creyó dificultoso
poseer esta ventura,
si de la roca en la altura
llegasé una vez á estar.

La Culebra por su parte
las ricas presas veia,
que el Aguila siempre hacia;
y esto su envidia picó.

Así con secreto y arte,
aunque no era cosa poca,
el trepar toda la roca
entre los dos se trató.

Resueltos ya, comenzaron
en buen amor y compañía
á subir, pero la maña
en entrambos era tal,

Que cerca de un mes tardaron

para arribar á la cumbre,
que infinita pesadumbre
les guardaba por su mal;

Porque el Aguila altanera,
compañía no sufriendo,
con un graznido tremendo
su cólera demostró,

Y sin darles escalera,
ni cumplimientos gastando,
los hizo bajar rodando
y con su vida acabó.

Tal vez sube arrastrando un hombre vil
al puesto que no debe de tener,
pero tambien le vemos perecer,
que á uno ayuda la suerte, mas no á mil.

FABULA XIX.

EL HERRADOR Y EL POTRO.

Yo te la plantaré por vida mia,
con vanidad cierto Herrador decia
á un Potro de valiente catadura,
cuando le iba á poner una herradura,
sin saber que al dichoso animalito
de sus brabatas se le daba un pito.
Hizo atarle de manos y de pies,
y con un grueso cáñamo después

:

al hocico le dió crudo tormento,
sin que hiciera el más leve movimiento:
en seguida cogiendo el pujabante
el martillo y tenazas, arrogante
le insultaba diciendo: Señor Jaco
Usted la llevará, voto al Dios Baco,
y con aire de triunfo se acercaba,
y el Potro ni por esas resollaba.
Atónita mirábalo la gente,
cuando el forzado bruto de repente,
sufrir mas tal ultraje no pudiendo,
y las trabas aficos mil haciendo,
le privó de la vista y de la voz
derribándole al suelo de una coz.

Sufre callando el Pueblo con teson
de un Gobierno la bárbara impiedad,
hasta que estimulándole un baldon
pónese como el Potro en libertad,
y venga con la fuerza su razon.

FABULA XX.

LAS RANAS Y EL SAPO.

Erase una laguna cenagosa,
de verde lama cubierta,
donde innumerables Ranas
pasaban la vida quietas.

Pero como las pasiones
 á todo viviente alteran,
 con su gobierno empezaron
 á mostrarse descontentas:
 hoy quitan uno, mañana
 ponen otro en forma nueva,
 de este pronto se fastidian
 y ya el antiguo desean.

De modo que al fin se vieron
 en peligrosas contiendas,
 defendiendo unas lo mismo,
 que muchas otras detestan:
 y tratando de encontrar
 un medio, en cualquier manera,
 para remediar sus males,
 que muchos y graves eran
 se convinieron por fin
 en nombrar por su cabeza
 á un Sapo, que en sus orillas
 gran reputacion tuviera.
 Coronáronle en efecto
 con la regia diadema,
 y, sin saber lo que hacian,
 le juraron obediencia.

Mas el taimado, en el trono
 miróse sentado apenas,
 cuando empezó á hacer *sapadas*,
 y con no vista soberbia
 contribuciones exige,
 veneraciones ordena,
 y hace dar al punto muerte
 á la pobre que se queja.
 Las Ranas su error conocen;
 pero ya se hallan sin fuerzas,

y sufren tristes el yugo,
que ellas se labraron necias.

Si en las naciones del mundo
tal vez alguna se encuentra
á quien la Fabula punze,
mal hará si no se enmienda.

FABULA XXI.

LAS GALLINAS, LA RAPOSA Y EL PODENCO.

Cierta raposa atrevida
dió en asaltar de noche un gallinero,
y en cada arremetida
cortaba á dos Gallinas el gárguero.

Las pobres procuraban,
cosa muy natural, hacerla frente,
mas poco adelantaban,
porque no siempre basta ser valiente.

Ofreciolas comedido
ponerlas á cubierto de aquel daño
un Podenco cari-hundido,
que á la verdad no estaba de buen año.

El cielo vieron abierto
con la graciosa oferta, y sin tardanza
de campeón tan experto
fieron su salud y su enganza.

Mantúyose el perro alerta

durante pocos días cuidadoso,
y su alegría antes muerta
revivió en las Gallinas el reposo;

Pero, este tiempo pasado,
mas de una noche vióse el gallinero
con sangre todo regado,
del mismo modo que se vió primero:

Y aunque el Podenco decia,
que estaba como nunca vigilante,
solo el cuidado ponía
en tragar cuanto hallaba por delante,

Comiéndose vorazmente
demas de la racion que le asignaban,
aun el triste remanente
que las Gallinas para sí guardaban.

Vióse al fin reconvenido
por aquellas con modo y con blandura,
mas dando un ronco ladrido
dijo: no quiero voces, quiero hartura.

Si á libraros me ofrecí
de la astucia y poder de la Raposa,
tambien con esto creí
llenar mi piel, que estaba bien rugosa.

Asi, pues, las que pudieron
los dientes evitar del enemigo
con hambre perecieron
por la voracidad del fiel amigo.

¿Que egemplo tan provechoso
para un pueblo que es poco cauteloso!

FABULA XXII.

LOS PERROS.

En un grande lugaron
 los Perros del vecindario
 para estar mejor regidos
 cierta asamblea formaron.
 Sucedió que por la muerte
 de un venerable Perrazo
 en el congreso vacase
 la plaza de Secretario,
 y como era la tal plaza
 un excelente bocado,
 se presentaron no pocos
 con su memorial al canto.
 Entre ellos, muy reverendo
 vino un Gozque rabilargo
 de quien fió la Asamblea
 mil veces asuntos varios:
 y este, creyendo sin duda
 que era el medio de obligarlos,
 á los miembros uno á uno
 fue muy cortés visitando,
 y á un espléndido banquete
 convidóles de antemano,
 para el dia en que conformes
 nombrasen su Secretario.

Todos su oferta admitieron,
y cada cual sin reparo
le dijo : *lo que es mi voto*
le tiene usted de contado;
pero como somos muchos,
no está por cierto en mi mano
el que usted sea elegido.

No obstante , si es que yo valgo
usted llevará la plaza,
y vaya usted descuidado.

Como la misma palabra
todos le dieron , ufano
pensó el pobre , que seria
para la plaza nombrado;
y despues de disponer
un convite con gran fausto,
de la asamblea en la puerta
estuvo alegre esperando
para recibir albricias
de su decoroso cargo,
y conducir al banquete
á los vocales honrados.

Estos , que al fin eran Perros,
en nada menos pensaron
que en el tal Gozque , y así
halláronse embarazados,
cuando al disolver la junta
del banquete se acordaron;
y viendo que á su palabra
todos habian faltado,
pues á pesar de lo dicho
no le hicieron Secretario:
To no voy; muchos decian:
¡que vergüenza! ¡que descaro!

ir á comer á la casa
del que habemos engañado!
 Poco á poco, caballeros,
 gritó un Perro barbi-cano,
 dirémosle que otra vez
 será bien acomodado;
 pero no le avergonzemos,
 cuando el pobre ha hecho ya el gasto.
 Mas, replicóle un Mastin,
 no será fuera del caso,
 por si tal vez resentido
 quiere darnos algun chasco,
 que cada cual nuestra sopa
 le enviemos con un recado,
 diciéndole; *que aunque cierto*
un gran banquete esperamos,
no hemos querido dejar
nuestro favorito plato.
 Dicho y hecho: salen todos,
 danle al Gozque mil descargos,
 y propónenle el proyecto,
 que aceptó sin embarazo.
 Pero yéndose á su casa
 mandó al punto á su criado,
 que en una grande caldera
 juntase todos los caldos,
 que hicieron, por ser diversos,
 un potage de los diablos.
 Llegó lá hora de comer:
 á todos los convidados
 se les sirvió una escudilla
 de aquel brevage, y mil ascos
 empezó á hacer cada cual
 diciendo: voto ya á tantos,

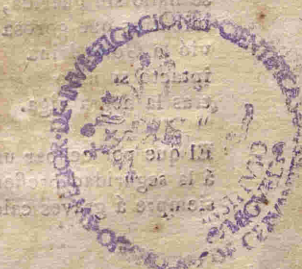
esta no es la sopa mia;
 ¡que sabor tan poco grato!
 Señores, no hay que enfadarse,
 dijo el Gozque muy pausado;
 esta sopa, que compuesta
 está de los varios caldos,
 que ustedes no ha media hora
 de sus cocinas enviaron,
 es lo mismito que ustedes;
todos buenos separados;
mas todos juntos malditos,
todos perversos, ingratos.

Apenas hay una asamblea tal,
 aunque quiera venderse por mejor,
 á quien la Fabulilla siente mal.

FABULA XXIII.

LA GOLONDRINA Y EL GILGUERO.

Tenia su nido
 cierta Golondrina
 en un pobre establo
 detras de una viga;
 casa muy segura,
 mas de poca vista;
 Cierta Gilguerillo,
 cantor de por vida,



enfrente al establo
sobre una alta encina,
en medio la copa
colgó su guarida,
y de allí zumbaba
siempre á su vecina,
cada vez que alegre
á los campos iba.

Magnífica casa
tiene usted, decía,
de buen ver, por cierto,
de fachada linda.

¿Tiene buenas luces?
diga usted, amiga:
deben ser sin duda
mejor que las mias:
y tras esto luego
soltaba la risa.

Mas duróle poco
tal bufonería,
porque siendo al dueño
sus ramas precisas,
con hierro cortante
desmochó la encina,
y el triste Gilguero
se halló sin guarida,
mientras que gozosa
vió la Golondrina
intacto su nido
tras la negra viga.

El que por ocupar un alto puesto
á la seguridad prefiere el fausto,
siempre á graves caídas se halla expuesto.

FABULA XXIV.

LA ARAÑA Y EL MOSCON.

Tendió la Araña diestra tejedora
su fuerte red un día,
y el gusano y la mosca voladora
á cientos los prendia;

Mas dió un Moscon en ella que atrevido
sin cuidar de sus lazos,
atravesó por medio del tejido,
y la hizo mil pedazos.

Las leyes suelen ser tela de araña,
que rompe cuando quiere el poderoso,
mientras sufren los débiles su saña.

FABULA XXV.

LOS ANIMALES EN GUERRA.

Sobre la posesion de ciertos pastos
encendiósé disputa sanguinaria.

entre muchos diversos animales,
 que unas frondosas selvas habitaban.
 Pretendia el Leon, que aquel terreno
 por derecho y natura le tocaba;
 el Tigre carnicero se oponia,
 y la Hiena y el Oso lo negaban.
 Cada cual por su parte en el terreno,
 que miraba por suyo, puso guardas;
 cada cual, reuniendo sus parciales,
 los exhortó animoso á la venganza.
 Llegaron á las manos los partidos,
 y pelearon con bravura extraña,
 y vencedores y vencidos vieron
 con su sangre teñida la campaña:
 volviósse la fortuna, como suele,
 y el que ayer de victoria cogió palmas,
 abatido mirósse en pocos dias,
 fiando al fin la vida de sus plantas.
 Mas entre unas y otras, poco á poco
 iban exterminándose las razas,
 y los pastos, motivo de la guerra,
 iban valiendo ya menos que nada:
 de suerte que cansados á la postre
 acordaron dar fin á la demanda,
 y sin aprovechar los tales pastos,
 se quedaron las selvas despobladas.

¡Cuantas veces los hombres neciamente
 suelen unos á otros destrozarse,
 y el imbecil, lo mismo que el valiente
 sin lo que causa su rencor quedarse!

FABULA XXVI.

LA PIEDRA DE AMOLAR Y EL CUCHILLO.

AL LECTOR.

Un Cuchillo muy viejo y muy roñoso
con una Piedra de amolar reñía,
porque aun cuando ella mas se revolvia,
no por eso él estaba mas lustroso:

Si no me das un filo portentoso:
poca destreza tienes, la decia;
y la Piedra taimada respondia,
¿en donde está el acero generoso?

Se gastó. Pues no quieras neciamente
echarme á mi la culpa que no tengo,
cuando es tuya la falta solamente.

¿Lo entendiste, Lector? Pues te prevengo...
mas te veo reir malignamente:
á Dios, y sabe que ni voy ni vengo.

TABLE XXVI

LA BIBLE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

DE LA BIBLIE DE ABRAHAM ET MOISE

2000

